

SALESIANOS “SAN BERNARDO”

Avda. Monreal, 14 • 22003 Huesca



24 de mayo de 1996

Queridos hermanos:

El domingo día 12 de mayo, en pleno mediodía, nos dejó, para marchar a la casa del Padre,

DON LUIS VIVAR SANTAMARÍA

Salesiano Sacerdote

Nadie, ni siquiera el médico, esperaba un desenlace tan rápido de una ligera enfermedad que lo había retenido en la cama durante tres días.

El jueves anterior, contra su voluntad, llamamos al médico, que no observó nada especialmente grave; le hicimos volver al día siguiente, pues seguía la fiebre alta.

Aunque le bajó la fiebre, el sábado estaba intranquilo, desasosegado, y, por la tarde, un hermano le hizo compañía varias horas, sin que, por eso, supusiéramos que el final estaba tan próximo.

El domingo se agravó repentinamente. Al ver su estado, los hermanos que le acompañaban avisaron al médico; entretanto, falleció don Luis con mucha paz. El doctor no pudo hacer más que verificar su muerte atribuyéndola a paro cardíaco-respiratorio, tal vez provocado por la diabetes e hipertensión que padecía de antes.

Al día siguiente, por la tarde, se celebró el funeral, presidido por el Vicario Inspectorial, ya que el Inspector se encontraba en Roma para el Capítulo General XXIV. La homilía la pronunció su sobrino Antonio Bermejo, también salesiano sacerdote.

Nos acompañaron sus familiares y un número notable de salesianos y fieles que llenaron nuestro santuario de María Auxiliadora. Fue un funeral sobrio, expresivo y recogido, tal como le hubiera gustado a don Luis.

La trayectoria de su vida

Ha muerto en esta casa salesiana, “San Bernardo” de Huesca, la primera que él conoció cuando vino de su pueblo, Castellanos de Castro (Burgos), a prepararse para ir a Campello.

Don Luis había nacido el 19 de agosto de 1912. Era el cuarto de siete hermanos. Sus padres, Severino y Bonifacia, lo educaron cristianamente. El padre, maestro nacional, fomentó en él la observación y el amor a la naturaleza junto al deseo de saber que le distinguían toda la vida.

Augusto Alvira, compañero suyo de aquel año en Huesca, nos dice que, entonces, 1926, “Luis era un chico bastante retraído y costaba hacerse con él”.

De Huesca pasó a Campello y San Vicente dels Horts. El noviciado, que concluyó con la profesión religiosa el año 1933, lo hizo en Gerona. Allí mismo cursó los estudios de Filosofía.

Al estallar la guerra civil logró cruzar la frontera, por Valcarlos, para llegar a la zona nacional y recalar sucesivamente en las casas de Salamanca, Deusto y Azkoitia, hasta 1940. No hay duda de que los acontecimientos de la guerra, y los posteriores, lo marcaron profunda y duraderamente en sus convicciones políticas, que siempre defendía con entusiasmo y tenacidad.

Hecha la profesión perpetua en Gerona, en septiembre del 40 inició los estudios de Teología en Carabanchel. Al acabar el curso cayó enfermo. Nos lo recuerda su compañero don Emilio Alonso: “Siempre fuimos buenos amigos: por paisanos y por compañeros desde 1.º de Teología. Y por “similares desventuras”, a raíz de “similares vicisitudes” de la guerra, los dos caímos enfermos del pecho al terminar aquel año. Tuvimos que hacer “por libre” varios cursos de Teología”.

Los que estábamos por aquel tiempo en el aspirantado de Campello, recordamos al don Luis menudito y pálido que vino a restablecerse con el agradable clima de aquella población mediterránea. Nos daba algunas clases, estudiaba y, en contacto con la naturaleza, oxigenaba sus dañados pulmones.

Ordenado sacerdote el 25 de junio de 1944 en Carabanchel, volvió a Campello a celebrar su primera misa solemne. Fue un acontecimiento para todos nosotros y lo celebramos con gran alegría. Él, en la celebración de sus bodas de oro, evocaba este acontecimiento: *Se me exigía ser otro Cristo; y esta era una exigencia de cada día. Había que seguir a Jesús, tratando de imitarle, de copiarle, en la medida de las fuerzas.*

Su padre, como buen maestro, había despertado en él el espíritu de observación y la curiosidad intelectual; el estudio de la lengua le había dado un conocimiento y un dominio grande de la expresión correcta y elegante.

Los que nos hemos sentado a su lado durante más de diez años, nos admirábamos siempre de que, a pesar de su edad, al hablar, diera con la expresión correcta y la palabra acertada. A veces se sentía un poco guardián del idioma, echaba mano de sus conocimientos y, si hacía falta, del diccionario de la Real Academia para sostener la corrección de un uso lingüístico o censurar el mínimo desliz. Para salir triunfante, alternaba la autoridad del diccionario y la suya propia, ayudado por una dialéctica agresiva y tenaz.

Las discusiones con él, en el comedor, eran uno de nuestros mejores platos. Era la suya una esgrima intelectual, de escuela, que vencía cualquier momento de apatía o aburrimiento.

Durante bastantes años enseñó lenguas clásicas, pero poseía también conocimientos de italiano, francés, alemán e inglés. Esto no era corriente en los hombres de su época.

Como recordaba su sobrino en el funeral, “al dejar las actividades de la docencia tuvo gran inquietud por estar al día en materias salesianas o teológicas; fruto de ello fue la vida de San Juan Bosco que publicó la Central Catequística Salesiana, con la mediación de su amigo don Emilio Alonso y el apoyo económico de su hermano Patricio. Se agotó rápidamente”. Dejó, prácticamente acabado, un trabajo sobre Cristo y los Evangelios titulado “Vida y mensaje de Jesús de Nazaret”.

A todos nos llamaba la atención su constancia en escribir. ¡Cuántas veces, a cualquier hora del día, se oía el incansable teclear de su vieja máquina!

A pesar de exponer sin ambages ciertas ideas teológicamente desconcertantes, por insuficientes, fruto en parte de sus lecturas, en la práctica le podía la formación recibida y su carácter austero, obediente, cumplidor. Un religioso de los que, antes, definíamos como “observantes”. “Inútil decir que fue un óptimo religioso salesiano”, nos escribió don Isidro Segarra. Así era, en verdad.

En su obediencia ejemplar, aceptó ser vicepostulador de la causa de Doña Dorotea durante bastantes años; y lo hizo con preocupación y dedicación.

En su amor a la Congregación y a Don Bosco se preocupó de las vocaciones salesianas. Algunos le agradecen el despertar de la propia vocación y no son pocos los salesianos de la antigua inspectoría tarraconense que encontraron en él un buen confesor y consejero.

En esta casa de Huesca era el salesiano más anciano y ocupaba un gran lugar en el corazón de todos. Vivía con la comunidad y sus problemas en todo lo que le permitían los años: oración, mesa, celebraciones, excursiones... Se mantenía al día en múltiples aspectos de la actualidad, y, cuando surgía la discusión sobre cualquier asunto, desde lo bíblico a lo lingüístico, pasando por lo político o lo deportivo, era admirable ver cómo entraba en el tema blasonando “pícaramente” de su objetividad. Todos comprendíamos que, muchas veces, era una “objetividad” muy “subjética”; pero animaba la vida de la comunidad y ello nos complacía.

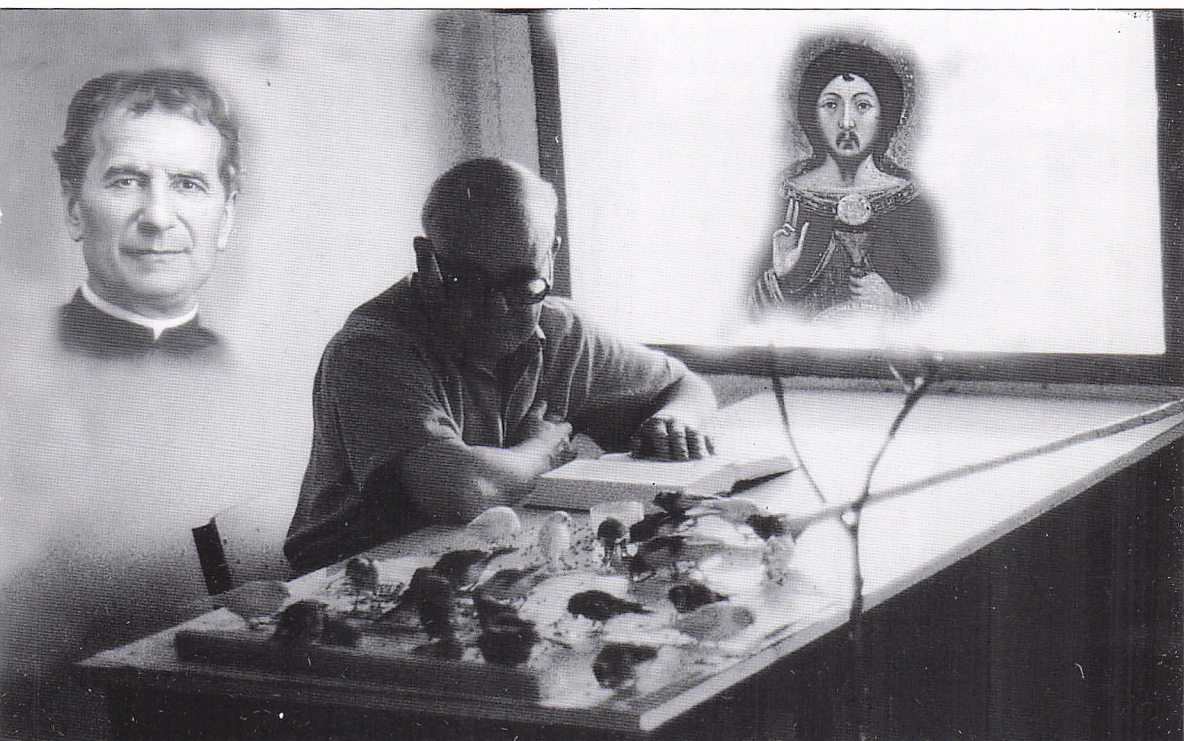
No cabe duda de que este saber estar, a pesar de la edad, era uno de los aspectos más llamativos de su persona. De ninguna manera se había autoexcluido y gozaba lo mismo con un partido de fútbol que con una excursión. Era un hombre feliz y se sentía a gusto con la vida. Por todo esto y por su buen conformar, nunca exigente, ya que sus necesidades eran mínimas, sabiendo contentarse siempre con poco, jamás se sintió marginado.

Hace dos años celebramos sus bodas de oro sacerdotales. Fue un gozo para él y para todos. En la eucaristía que presidió, en nuestro Santuario de María Auxiliadora, nos leyó una

A pesar de estar lejos de su tierra desde los 13 años, se sentía profundamente castellano, de Burgos, que era para él la máxima expresión de la castellanidad. A veces, él y los demás hacíamos broma sobre su posible ascendencia cidiana, tanto por el apellido Vivar como por el lugar de origen. Él añadía que también era descendiente de judíos conversos, por su segundo apellido, Santamaría.

“Hace unos años –dice su sobrino salesiano–, con motivo de la enfermedad de mi madre Aurora, visité, con él, el pueblo donde nació y me impresionó cómo revivía intensamente los recuerdos de la infancia: los lugares, las personas...” Los que le acompañamos, en varias ocasiones, por su tierra de origen, podemos confirmarlo. Ponderaba con cierta exageración, fruto sin duda del cariño, la hermosura de su tierra natal: el páramo, el río, la huerta diminuta o amplia, las variadas clases de animales; y daba explicaciones minuciosas de todo.

Fue don Luis amante profundo de la naturaleza, de toda la naturaleza. Pero, en esta faceta, sobresalió su amor, conocimiento y cuidado de los pájaros. Era un auténtico experto. Siempre tenía algunos en la habitación. Mientras estuvo en la Residencia, chicos y grandes lo conocían por “el cura de los pajaricos”. Don Isidro Segarra, compañero y más tarde inspector, considera “su afición a los pajaritos como una demostración de su corazón sencillo y sensible, *a lo franciscano*, que atrae fácilmente a todos”. Por ello, el recordatorio del funeral lo hicimos sobre una fotografía de don Luis, con pajaritos revoloteando o picoteando sobre su mesa de trabajo.



En la misma fotografía, junto a los pájaros, hay un libro abierto. El gusto de la lectura, la afición a escribir, el amor y el cuidado por la lengua castellana, también lo distinguieron.

Fue destinado, aquel mismo verano, a San Vicente dels Horts, donde ejerció de consejero. Muchos salesianos de varias inspectorías, aspirantes entonces allí, lo recuerdan con afecto. Era un excelente profesor de lenguas clásicas.

Al cabo de seis años, es enviado a la casa de Burriana, en la que trabajó como consejero y, luego, como catequista.

A partir del curso 54-55, don Luis inicia una larga etapa en la que su actividad principal será la de confesor, aunque también dé algunas clases; en calidad de tal pasó por el aspirantado de Gerona, el colegio de Mataró, el aspirantado de Huesca, y, finalmente durante 6 años, el noviciado de Arboç del Penedès.

El maestro de novicios, don Manuel Ramón Gil, recuerda que su labor como confesor era muy eficiente y merecía el aprecio de sus superiores. La predicación la preparaba con verdadero interés, especialmente las charlas de la Historia de la Iglesia que explicaba a los novicios los domingos por la tarde. Allí también dedicó energías a la granja y se inició en la canaricultura. Los tiempos libres los empleaba en escribir y fruto práctico de esa afición fue la biografía de Don Bosco que publicaría años más tarde. Quedan, así, señalados cuatro aspectos que han distinguido a don Luis: confesor, afición a escribir amor a la naturaleza y profesor.

1967 significó un cambio importante. Tras tantos años en diversas casas de formación, la obediencia lo destina a la ciudad de Huesca, donde permanecerá los últimos años de su vida, casi 30.

Estuvo primero en la Residencia Provincial de Niños, 18 años, hasta que las autoridades del momento decidieron prescindir de los servicios de los salesianos a aquellos muchachos necesitados de tantas cosas.

En la Resi volvió a coincidir con don Manuel Ramón Gil, quien da testimonio de que “don Luis era aceptado y muy querido por los alumnos, con quienes convivía en los recreos a los que nunca faltaba, hiciera frío o calor”. Además, daba clases de Religión y Lengua Castellana y ayudaba al juniorado de las Hijas de María Auxiliadora y a la parroquia vecina. Don Francisco Cortés, también director suyo de esta época, resume telegráficamente la actividad de don Luis: “Asistencia, escribir, cuidar los pajaritos. No me dio ningún problema”. El último director de la Resi, don Amalio Orfó, subraya un aspecto que ha ido aumentando en él con el paso de los años: “Disfrutaba en los ratos que pasábamos de sobremesa, manifestando así su espíritu de familia”.

En 1985, al dejar los salesianos la Residencia, los superiores consideraron que, dada su edad, un trasplante de la periferia de la Inspectoría al centro tal vez no era lo más conveniente; y lo dejaron en la misma ciudad, destinándolo a esta casa de San Bernardo. Aquí ha vivido durante 11 años. Fue un acierto que pudiera, después de 62 años, volver, para concluir su vida, a la casa donde inició su relación con los salesianos. Don Nicolas Echave, el director de entonces, dice que don Luis “agradeció poderse quedar en la comunidad de San Bernardo y supo acomodarse con prontitud a la nueva situación”.

Los once años de aquí, aunque reducida su actividad al confesonario y a la capellanía de unas religiosas, ha sido extraordinariamente feliz y ha hecho feliz a la comunidad.

La tarde anterior a su muerte, le pedía al hermano que le acompañaba que le leyera, para ir corrigiendo, lo que había escrito sobre Jesucristo. Barruntaba que no podría acabar la obra iniciada hacía años. En la habitación, el jilguero, veterano amigo suyo, revoloteaba en la jaula...

Algunos rasgos de su personalidad

Don Luis era pequeño de estatura, “insignificante” decía él, y tímido de carácter. Era sencillez y austero. No buscaba ningún protagonismo.

homilía amplia, bien construida, sincera; en ella nos hizo una profunda reflexión sobre su vida de hombre salesiano y sacerdote, que mostraba toda la hondura que le habían dado tantos años de sencilla y humilde fidelidad al Señor.

Fueron once páginas sabrosas. Reproducimos a continuación las ideas que imprimimos en el recordatorio. Leyéndolas, los que lo habéis conocido evocaréis al don Luis de vuestra juventud. A todos nos edifica escuchar su palabra, avalada por una entrega generosa durante 60 años de vida religiosa y 50 de sacerdocio:

El sobrevivir un cierto número de años, incluso si son algunos más que el común de los seres humanos, no comporta mérito alguno. Lo da la naturaleza, a veces ayudada por los médicos. Y tal es mi caso...

Quiero expresar mi gratitud a Dios y gratitud también a las personas que me han acompañado durante el camino. A todos quiero unir en un recuerdo efusivo ante Dios y pedirle que los recompense.

La vocación sacerdotal conlleva la exigencia de una consagración a diario, de una entrega total al servicio de la causa de Jesús. En la práctica significa realizar todo esfuerzo por llevar la luz de su conocimiento al mayor número posible de hombres.

Me resulta evidente que he experimentado las limitaciones de la condición humana y que los sueños no se me han realizado en la medida de mis deseos. Me queda la esperanza de que el Dios bueno, en cuya fidelidad he procurado mantenerme siempre, sea benévolo conmigo.

Tenemos la certeza de que esa esperanza en el Dios bueno ha sido ya colmada, de que esa fidelidad ha sido ya recompensada.

Nada más. Agradecemos, de corazón, a los hermanos que nos han ayudado a dejar constancia de nuestro buen recuerdo de don Luis Vivar.

En su libro *Vida de San Juan Bosco, Mensajero de Dios*, al narrar la muerte de Don Bosco, don Luis hacía este comentario, con el cual quisiéramos concluir nosotros esta fraterna comunicación:

Don Bosco ya no es de este mundo. Es ya un santo. Un ser elegido que tiene su sitio de preferencia entre las pléyades de bienaventurados que glorifican a Dios. Ya está sumergido en el océano de luz sobrenatural en que habita la Divinidad; en el disfrute de aquel goce que tantas veces había intuido estando en la tierra.

Quiera el Señor que también todos nosotros, juntamente con Don Bosco, don Luis y tantos hermanos que nos han precedido, entremos algún día en ese goce. Pidamos los unos por los otros para que así sea.

Antonio Manero Borao y Comunidad de Huesca

Datos para el necrologio:

Luis Vivar Santamaría, sacerdote.

Nació en Castellanos de Castro (Burgos), el día 19 de agosto de 1912.

Hizo el noviciado y la profesión religiosa en Gerona, en 1933.

Fue ordenado sacerdote en el teologado de Madrid-Carabanchel, en 1944.

Murió en Huesca, el día 12 de mayo de 1996.